

In Duchamp we trust

Biografías, conversaciones, correspondencias o novelas gráficas, una serie de libros para adentrarse en la vida y obra de Marcel Duchamp

MARC CAELLAS

Siento ser tan entusiasta, pero así lo pienso: la vida de Marcel Duchamp debería ser una asignatura en algún curso de la ESO. Es mucho más instructiva que la del Hombre de la cruz, por ejemplo. Garantías de felicidad eterna no existen, pero un regalo para el alma sí es la biografía escrita por Bernard Marcadé (editorial Libros del Zorzal, 2008). En sus páginas se nos cuenta con profusión de detalles y testimonios la vida y milagros de quien André Breton consideró como el hombre más inteligente del siglo XX.

Muchas de las ideas políticas más revolucionarias, aún a día de hoy no puestas en práctica, como la renta básica o la necesidad de implantar una cultura del decrecimiento, aparecen de modo recurrente en su vida. Duchamp dejó de hacer obra y se dedicó a jugar al ajedrez. Entre partida y partida, aceptaba invitaciones para dar entrevistas o conferencias donde compartía sus peculiares visiones sobre el arte y la vida. La libertad de indiferencia, contradecirse para no ser esclavo del propio gusto o desprenderse de las contingencias sociales de la vida, el arte o el amor son algunos de

André Breton lo consideró el hombre más inteligente del siglo XX

sus preceptos vitales. Marcel Duchamp prefería dejar que todo fluyera, entendiendo que el lado agradable de la vida es no saber qué pasa. Que la vida iba en serio, lo entendió Duchamp ya de joven, y por eso quizás escribió “nunca distinguí entre mis gestos de todos los días y mis gestos del domingo”.

Si quiere quedar bien con alguien estas navidades, regale ‘Marcel Duchamp. Un juego entre mí y yo’ (Editorial Turner, 2015). François Olislaeger nos ofrece un objeto de coleccionista, una obra de arte portátil, con imágenes creadas a partir de las ideas de Duchamp. El ilustrador francés cree que la mejor obra de Duchamp fue el modo en que vivió, la manera en que usó su tiempo. Pensando en eso, y en su pasión por las largas caminatas—Duchamp nunca tuvo un coche—, Olislaeger diseña una



La rueda de Marcel Duchamp, un homenaje del artista colombiano Álvaro Barrios. FOTO:MARC CAELLAS

novela gráfica que se abre cual acordeón, un libro que se alarga como los buenos paseos, una suerte de ‘boîte-en-valise’ para llevar en el equipaje de mano.

Marcel Duchamp vivió gran parte de su vida con una modesta renta que le daba su padre. En lugar de tratar de aumentar sus ganancias, se concentró en reducir sus gastos. “Trabajar para vivir es una imbecilidad”, dijo en alguna ocasión. Para desarrollar esta idea, Maurizio Lazzarati escribió ‘Marcel Duchamp et le refus du travail’, un libro cu-

ya versión en castellano, editada por Casus Belli, llegará a las librerías en abril de 2016.

«Espero que haya un día en

‘Trabajar para vivir es una imbecilidad’

que se pueda vivir sin tener la obligación de trabajar. Gracias a mi suerte, he podido pasar a través de las gotas. En un cierto momento comprendí que no

debía cargarse a la vida con demasiado peso, con demasiadas cosas por hacer, con aquello a lo que se llama una mujer, niños, una casa en el campo, un coche, etcétera. Y lo comprendí felizmente muy pronto». Esta cita, extraída de las ‘Conversaciones con Marcel Duchamp’ (Anagrama), resume la filosofía de vida de nuestro hombre. Quien conversa con Marcel es Pierre Cabanne y, en ese juego dialéctico, entendemos el elogio de Breton con el que abrimos esta nota.

Además de conversar con críticos, estudiantes u otros artistas, Marcel también escribió cartas. Parte de esa correspondencia fue recopilada en el libro ‘Afectuosamente Marcel’. Inédita hasta este año en castellano, la ha publicado el Centro de Documentación y Estudios Avanzados de Arte Contemporáneo (Cendeac). En ella leemos las cartas que Marcel le escribió a amigos, amantes o mecenas.

En 1922, desde Nueva York, le escribe a Henri-Pierre Roché: “estoy harto de ser pintor o cinematografista. Lo único que podría interesarme ahora es una poción que me hiciera jugar al ajedrez divinamente. Eso me animaría». Y meses más tarde, le dice a Ettie Stettheimer: “me marché con lágrimas en los ojos. A usted, que no le gustan los hombres que lloran, no quise mostrárselo”.

No obstante, mi correspondencia erótica favorita es la que mantuvo en silencio con su amante brasileña María Martins. Esa que solo se dejó ver cuando, años después, alguien decidió analizar ese pequeño cuadro dentro de una boîte-en-valise, un trozo de tela negra con una deformada mancha de color crema que no era otra cosa que un resto de semen.

“Duchamp no era una persona comunicativa. En una conversación, solo daba información acerca de sí mismo cuando se le pedía de manera directa y, en sus cartas, solo transmitía información sobre sus actividades diarias cuando sentía que el tema era algo que le podría resultar interesante al destinatario”, escribe Francis M. Nauman en un texto introductorio a las cartas. Por tanto, “muchas cartas únicamente contienen poco más que una actualización de sus tareas diarias, desde jugar al ajedrez hasta su constante implicación en el mundo del arte”. Suficiente para apreciar otra faceta genial de un personaje irreplicable.